

[Publicado previamente en: *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica. Salamanca, 27-31 mayo 1974*, Salamanca, Universidad, 1976, 11-24. Versión digital por cortesía del editor (*Ediciones Universidad de Salamanca*) y de los herederos del autor, como parte de su Obra dispersa, con cita de la paginación original].

© Herederos de Antonio Tovar

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Discurso inaugural del I Coloquio sobre Lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica

Antonio Tovar

[11→]

Colegas y amigos, señoras y señores,

Aunque la organización de este congreso no nos ha concedido demasiado tiempo para preparar nuestros trabajos, la tentación de reunimos aquí, de encontrarnos con amigos y colegas interesados en los mismos problemas de epigrafía y lenguas de la Hispania antigua, de hacer un balance de resultados y de animarnos a seguir trabajando en contacto con nuevas y juveniles promociones, nos ha arrastrado a esta incomparable Salamanca.

Me toca el papel de iniciador, de telonero, como se decía en anticuada jerga de las «varietés», y quizá ello se debe a mi papel, que comparto con Julio Caro Baroja, de enlace entre la generación de nuestros maestros y las que vienen a continuar una tradición afortunadamente ya larga.

Permitidme, pues, que comience recordando el tiempo, ya lejano, en que recogimos la herencia y nos dedicamos, con más o menos constancia y dedicación, a trabajar en ella.

Eran los tiempos en que, terminada nuestra guerra civil, y mientras fuera se desarrollaba la gigantesca catástrofe de la segunda guerra mundial, comenzábamos a orientarnos en nuestros estudios. Unos años antes había publicado Menéndez Pidal su gran trabajo de investigación toponímica (1939) sobre lo que se iba entreviendo como capas o grupos de hablantes de dialectos indoeuropeos en nuestra Península, y de repente Gómez-Moreno, con motivo de su entrada en la Academia Española publicaba (1942) la síntesis de largos estudios que desde 1925 no había hecho públicos.

En efecto, su explicación del plomo de Alcoy (1922), con la clave de las inscripciones ibéricas, y en seguida su colosal estudio sobre la onomástica de la Península, con nuevas precisiones sobre la epigrafía (1925), habían caído en un total vacío. Las discordias entre los grupos de prehistoriadores españoles, el escepticismo sobre el trabajo de investigador tan original e independiente como Gómez-Moreno, que cuando más se apoyaba en una tradición de numismáticos como Antonio Delgado (1871-79) y J. Zobel de Zangróniz (1879-80), aunque estimados, no suficientemente oídos por los mayores investigadores extranjeros, y de modo decisivo la tajante excomunión que sabio tan prestigioso como Hugo Schuchardt desde la Academia de Berlín (1922) fulminó, cerraron al desciframiento de la escritura ibérica para largo tiempo las puertas de la ciencia consagrada. [11→12-] Pues el primer trabajo de Gómez-Moreno en este campo comprometía la vieja tradición del vasco-iberismo, consagrada en el singular que lleva en el título la gran obra de E. Hübner (1893) al referirse, para toda la Península, a la *lingua Iberica*, y apoyada por el mismo Schuchardt en su entonces triunfante monografía sobre

la declinación ibérica (1907). Se hundía el alfabeto de Hübner y todo lo que con él se había construido. Gómez-Moreno, que nunca sostuvo polémicas, guardó silencio durante años. Ya en la vejez, y mientras la guerra mundial nos tenía aislados, se atrevió a presentar en su discurso a la Academia lo que él consideraba resultados seguros, a la vez que las piezas más representativas e importantes de la epigrafía hispana.

Sus descubrimientos entre tanto no habían obtenido adhesiones, si exceptuamos que dos numismáticos, J. Ferrandis (1929) y Sir George Hill (1930, 1931) se habían inclinado a adoptar su sistema de lectura porque servía para clasificar con fundamento las monedas, cosa que no había ocurrido con los intentos anteriores. Pero el desciframiento de la escritura por Gómez-Moreno no era aceptado en general, y recuerdo el ejemplo del excelente trabajo que el entonces Decano en nuestra Facultad de esta Universidad de Salamanca, José María Ramos Loscertales, publicó sobre la hospitalidad en la antigua España (1942), en el que manejaba el bronce de Luzaga y otras téseras con la vieja transcripción de Hübner todavía.

Pero al sistema de Gómez-Moreno le había llegado la hora de imponerse: J. Caro Baroja publicó enseguida del discurso un amplio estudio (1942-43) en el que se revisaba el vasco-iberismo y rompía el viejo mito humboldtiano, que el gran lingüista había heredado de los primeros vascólogos; en ese trabajo se señalaba ya la declinación celtibérica en monedas en escritura ibérica. Yo iniciaba mi trabajo con una pequeña observación (1943) en que intentaba explicar por lo que Azkue llamaba permutaciones en el vascuence la cualidad de los signos ibéricos silábicos, que no distinguen la sorda de la sonora y escriben igual *d/ta, d/te*, etc.

Desgraciadamente sólo más tarde se publicó la tesis doctoral de Gerhard Bähr (1948), alemán nativo de Guipúzcoa, que en 1940 hizo en la Universidad de Göttingen su promoción con este trabajo, consistente en lo fundamental en revisar la declinación ibérica de Schuchardt a la luz de las lecciones de Gómez-Moreno. Bähr desapareció en Berlín al final de la guerra, y su trabajo se publicó con retraso, pero debe recordarse que fue casi el primero en aceptar como base el desciframiento de don Manuel. Su lealtad científica le llevó a alejarse de los resultados de Schuchardt que quizá quiso fundamentar mejor con el desciframiento que Schuchardt mismo había rechazado. [-12→13-]

Con el éxito que tuvo en España el discurso académico de Gómez-Moreno, que además de los trabajos citados provocó una serie de ellos de J. Vallejo (1943 y ss.), del propio Caro (1946, 1947, 1949) y otro de Julio Casares (1945), animóse don Manuel a publicar sus estudios y a hacer del dominio general los resultados de sus viajes, revisiones y estudios de piedras, plomos, monedas y cerámicas. Por entonces debió comenzar a trabajar en sus *Misceláneas*, mientras publicaba estudios justificativos de sus lecturas o de análisis de las lenguas (Gómez-Moreno 1943, 1945). En cuanto a los materiales que tenía almacenados y que representaban el resultado de horas de estudio y de incómodos viajes, los ponía generosamente a disposición de los que nos interesábamos en estas cuestiones. Recuerdo haber usado en mis trabajos de aquel tiempo, en mi artículo sobre el celtibérico (1946), o en el que le siguió sobre gentilidades y centurias (1946) los paquetitos de atados de notas personales tomadas en viejos trozos de sobre o de convocatorias de las academias cortadas en fichas.

De todos estos trabajos resultaba absolutamente innegable la coherencia del desciframiento de los caracteres ibéricos y se consolidaban, las grandes líneas que el mismo don Manuel en sus estudios había señalado para la distribución en la Península de lenguas y pueblos.

Los resultados de todos estos trabajos de epigrafía y lingüística para los estudios generales de historia se reflejan perfectamente entre los volúmenes I 2 y I 3 de la conocida *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal: en 1952 aún no se recogía nada de lo que en el último decenio se había avanzado; en 1954 aparecían juntos un capítulo de J. Maluquer de Motes en que, para determinar los pobladores del centro, oeste y norte peninsular, se tomaban en cuenta los resultados de la epigrafía y la lingüística, de las que resultaban claras la distribución de gentilidades y centurias, la de nombres de divinidades indígenas y otros muchos rasgos característicos, y otro de J. Caro Baroja sobre la epigrafía indígena peninsular, en que se seguía a Gómez-Moreno. Las teorías de ligures e ilirios, es decir, de indoeuropeos aún no celtas, o distintos de los celtas, eran examinadas en el conjunto de problemas arqueológicos que representaba lo que desde entonces ya se ha llamado indoeuropeización de buena parte de la Península.

Por entonces también, cuando terminada la guerra mundial, se reanudaba la comunicación y la colaboración científica, se conocieron fuera de España los avances realizados en este campo. Recuerdo cómo en 1951, después de una conferencia que di en el Colegio de España de París, se levantaba o, si se quiere, saltaba de su asiento, al terminar yo de hablar, [-13→14-] el Prof. Michel Lejeune, y se acercaba a inquirir sobre pormenores y bibliografía del tema.

Con ocasión de reseñas que yo hice de libros sobre historia de la escritura pude llamar la atención de varios especialistas hacia la escritura ibérica, y así ésta fue ganando el puesto que precisamente venía a llenar en la evolución del silabismo a la escritura alfabética, y que no había alcanzado por la aludida falta de difusión a su tiempo del descubrimiento de Gómez-Moreno. Entre la primera edición (1948) y la segunda (1959) del gran libro de James G. Février se puede ver que las escrituras hispánicas alcanzan un lugar adecuado.

En una cierta medida se puede decir lo mismo del libro de David Diringer sobre el alfabeto, que en su tercera edición (1968) recoge, con demasiada cautela y superficial estudio, algunos de los resultados que resolvían la incógnita que hasta Gómez-Moreno había sido la escritura ibérica. Y en el libro de Ignace J. Gelb que funda en una larga etapa silábica el desarrollo del alfabeto, entre la edición original (1952) y la traducción alemana (1958) está mi primera visita a los Estados Unidos, en la que tuve ocasión de discutir estos temas con el gran asiriólogo, que halló en la escritura ibérica un argumento más para el silabismo general e implícito en todas las escrituras hasta el tardío desarrollo del principio alfabético.

Os ruego me disculpéis si insisto demasiado en los años en que la aplicación de las ideas de Gómez-Moreno sobre escritura y distribución de pueblos, o el desarrollo de las observaciones y métodos de Menéndez Pidal sobre los posibles sustratos orientaron nuestro trabajo, y nos permitieron ir elaborando un cuerpo de doctrina cada vez más coherente y explicar con más o menos seguridad algunos de los textos celtibéricos.

El trabajo alcanzó en el decenio de 1950, que si me permitís la inmodestia considero iniciado con mis *Estudios* (1949), fechados por la rigidez burocrática un año antes, una madurez, que se manifestó plenamente en las *Misceláneas* (1950) de Gómez-Moreno, y que por de pronto, en cuanto a la indescifrabilidad del ibérico y a las limitadas posibilidades que ofrecían los textos celtibéricos o lusitanos, parecía acercarnos a un cierto agotamiento.

Pero no dejaré de recordar algunos trabajos excelentes que entonces se produjeron, ya en su calidad de repertorio, como la publicación de Fletcher sobre Liria (1953), ya en el planteamiento de posibilidades de interpretación, como las semejanzas vasco-ibéricas pro-

puestas por A. Beltrán (1951, 1953), o los estudios de un vascólogo como Michelena (1952, 1952, 1955, 1961), que fijaban límites en que se ha de mover la búsqueda. [-14→15-]

Gómez-Moreno seguía aportando el estímulo mayor. En sus publicaciones había ido explicando primero las escrituras del este, con muchas cautelas sobre las del sudeste y promesas de nuevas claves sobre las inscripciones del sudoeste, pero ni geográficamente ni cronológicamente había ido apenas más allá de las monedas de Játiva o de los plomos de Alcoy o Mula. El plomo de Mogente y las inscripciones ibéricas de Andalucía oriental, así como los platos argénteos de Abengibre, dibujados, pero aún no leídos en las *Misceláneas*, esperaban una ordenación sistemática de sus escrituras y una lectura precisa. Hubo valiosos intentos de don Pío Bertrán (1954), pero tuvimos que esperar a que don Manuel, que había cumplido ya los ochenta años, hiciera un viaje a Portugal y consiguiera abrir todas las puertas del Museo de Belem y de otros, y así pudiera estudiar el conjunto epigráfico del sudoeste y al fin publicar su trabajo sobre la escritura de la mitad sur de la Península, que él llamó bástulo-turdetana (1961).

Casi al mismo tiempo salía el trabajo de un estudioso alemán que ya se había distinguido en este campo, Ulrich Schmoll (1961), que en el difícil capítulo de las inscripciones algarvias confirmaba, aunque no sin discrepancias, los resultados de don Manuel. De estas investigaciones quedaba claro que la enigmática escritura del sudoeste pertenece fundamentalmente a un sistema análogo al de la ibérica, y es por consiguiente en parte silábica. Es muy posible, aunque en esto estoy seguro de que más de uno de Vds. tendría pronta la réplica y discusión, que en ella tengamos el antecedente y etapa inicial de la escritura que se va regularizando cada vez más, hasta la monetaria del este y nordeste en época ya romana.

Voy a recordar ahora un episodio que puede servir de muestra del seguro magisterio de Gómez-Moreno, de lo justificadamente celoso que era de interferencias ajenas en un campo que él con razón consideraba suyo, de lo que es equivocarse y polemizar sin razón, y finalmente, del sutil correctivo que el maestro encontró para el discípulo que él temía respondiera contumaz.

Publiqué bastante al principio de este decenio (1952) un breve artículo en que intentaba demostrar que la escritura del sudoeste, que yo llamaba tartesia (cf. mi trabajo de 1964), no era silábica, sino puramente alfabética, y por consecuencia distinta radicalmente de la ibérica del este, y traída directamente en una colonización. Seguía yo en este trabajo a Schulten (1940), que había publicado un muy interesante artículo sobre las inscripciones de gladiadores del anfiteatro de Itálica, rozando de paso el tema de la epigrafía del sudoeste. La piedra de Ilipa quedaba [-15→16-] situada junto a las inscripciones algarvias, si bien Schulten englobaba otras cosas bastante dispares.

En el capítulo que en la citada *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal publicó Julio Caro Baroja sobre la epigrafía hispana se atrevía el primero a leer como silábicos los signos de la escritura algarvia, con lo que los pocos puntos que a mí me parecían seguros, con P. Kretschmer (1942) y Schulten, que se apoyaba también en E. Vetter y W. Brandenstein, como *konθi* y *saronah*, se venían abajo, y las inscripciones sonaban extrañamente, con vocales repetidas y sin que se demostrara ninguna consonancia ni parentesco con lo que leíamos en ibérico, ni, podríamos decir, en lengua alguna. Me excedí, lo reconozco, en una crítica que me permití (1955) del trabajo de Caro Baroja, y nuestra vieja amistad sufrió algo momentáneamente, aunque nos apresuramos a olvidar el episodio.

Lo recuerdo como ejemplo de la crisis que en nuestras ideas dominaba a lo largo del decenio que terminó con la publicación del libro de Gómez-Moreno sobre las escrituras meridionales.

Yo creía terminado este episodio con la polémica con Caro Baroja, pero por aquellos años había redactado mis capítulos de la *Enciclopedia lingüística hispánica* (1960) y mi libro en inglés sobre el problema de la lengua y epigrafía de Hispania (1961), y ya sabéis, porque es enfermedad que cada día se agrava, que el retraso en las imprentas nos juega la partida de que a menudo cuando nuestros trabajos se publican, el progreso y cambio en los estudios, a la vez que nuevos descubrimientos, hacen que nos encontremos impresos resultados ya viejos y superados. Así ocurrió con todo lo que en estos trabajos míos de conjunto se refería a las inscripciones del sudoeste, que cuando apareció representaba ya una etapa anticuada.

Don Manuel Gómez-Moreno, a quien yo seguía visitando en cada viaje a Madrid, me reprendió ásperamente, como él sabía hacerlo con sus discípulos a quienes más quería, por haber publicado explicaciones sobre las inscripciones algarvias dándolas, al modo de Schulten, por alfabéticas, cuando ya estaba demostrado, por él, y a la vez (aunque este argumento no lo usó) por U. Schmoll, que obedecían en parte al sistema silábico. Fue patética aquella conversación que tuvimos en su piso de la Castellana, en que yo le prometí rectificar, como lo hice, y en dos artículos, uno (1961), para los lectores españoles, y otro (1963), para los extranjeros, adhiriéndome, claro es, a su explicación. Fue aquella reprensión la última vez que don Manuel me habló con su vehemencia y fuego. Los años siguientes, en mi periódica vuelta de los Estados Unidos, cuando iba a visitarle, su [-16→17-] decadencia había comenzado y su dificultad de expresión y la sordera creciente lo aislaban, e iba quedando sólo la mirada penetrante y sufriente, llena todavía de inteligencia.

Quedaría por comentar aquí el adjetivo de «bástulo-turdetana» que Gómez-Moreno aplicó a las escrituras meridionales. No se limitó a la escritura del sudoeste, sino que además analizó todas las inscripciones del sur, hasta Abengibre y Mogente, y en este difícil terreno insistió en sus viejas ideas de la relaciones entre su Andalucía oriental del Reino de Granada y la del bajo Guadalquivir y el estrecho, con el sur de Portugal. Pensaba que los orígenes de la escritura hispánica, como de otros factores culturales, podían hallarse en su tierra, y daba por eso gran importancia a un monumento que, en su aislamiento, es muy difícil: el plomo de Gádor. Por eso ponía a los bástulos junto a los turdetanos. El nombre de tartesio, que en publicaciones anteriores él había aplicado a las viejas culturas megalíticas andaluzas, casi en sincronismo con Schulten, que hallaba aquellos antecedentes pretartesios, no fue usado por él en la monografía en que precisamente demostraba la relación entre todas las escrituras del Sur de la Península. Pienso que al evitarlo quiso separarse de mi apresurada construcción de «escritura tartesia», levantada sin su previo conocimiento y bajo la influencia de Schulten.

Pero basta ya de historias personales. El tiempo seguía pasando y el material epigráfico seguía creciendo. Muy pronto ya no bastó con tener los *Monumenta* y las *Misceláneas* a mano. No debo entrar en pormenores delante de vosotros porque los conocéis mejor que yo, y mi lista de hallazgos sería incompleta. Los descubrimientos de Ampurias, de Ullastret, los de la provincia de Teruel, los que en el Reino de Valencia hace o dirige D. Fletcher Valls, los de los colegas portugueses en el Alentejo y el Algarve, que empiezan a darnos estas importantísimas inscripciones en su contexto arqueológico, como hace años la magistral memoria de J. Jannoray sobre Ensérune (1955), han acrecido enormemente el material. Han quedado lejanos ya los tiempos en que teníamos un *corpus* y su suplemento. Hace falta uno nuevo y aquí está entre nosotros el Prof. J. Untermann, que ha tomado sobre sus hombros la tarea de darnoslo. Ya ha dado muestras de su actividad sobre las monedas y nos prometemos mucho de él.

Por fin, y poniendo con él un solemne punto final, por ahora, a los hallazgos, tenemos el que el pasado año publicó A. Beltrán, del admirable cuanto enigmático bronce de Botorrita. Sin adelantarme a la discusión, que todos aguardamos con impaciencia, de este monumento, permitidme os diga, como quien dio los primeros pasos en el análisis y, perdonadme la petulancia, «traducción» de textos celtibéricos, que no [-17→18-] podíamos esperarnos en documento tan extenso tinieblas tan densas. Desde el *Turos Caroquum*¹ *uiros ueramos* de 1946 hasta el maravilloso bronce con mil signos queda evidente lo mucho que nos falta por saber y lo lejos que estamos, yo creo, de descifrar y traducir lo que, pensando en el conjunto de restos epigráficos, hubiérase podido esperar más accesible.

El desciframiento de Gómez-Moreno y los resultados que a partir de él han sido posibles se han impuesto. En la bibliografía internacional hay unos cuantos resultados recogidos como seguros, y los trabajos de Lejeune, de U. Schmoll, de J. Untermann, de E. Hamp, de D. Ellis Evans, no sólo representan contribuciones muy valiosas al estudio de los problemas epigráficos e históricos, sino que prestan resonancia internacional a resultados que estaban en potencia contenidos en breves páginas de Gómez-Moreno, pero que durante años habían tropezado con el prestigio, sólido e indiscutible, pero abusivamente utilizado como argumento de autoridad, de Hübner y Schuchardt.

Era evidente que con los restos de la lengua celtibérica se planteaba de modo nuevo el tema del céltico continental, y del mismo modo la distribución y posible estratificación de las lenguas indoeuropeas en el Occidente de Europa se podía, como ya esperaba J. Pokorny, examinar a una nueva luz con la experiencia de la lejana y marginal Península. Siguiendo los pasos de C. Hernando Balmori (1935) pudimos estudiar una inscripción recién hallada, la del Cabeço das Fraguas, cerca de Viseu, y señalar (1966-67) algunos rasgos de la lengua lusitana.

Mientras tanto los estudios onomásticos habían avanzado. Desde el magistral trabajo de Gómez-Moreno (1925) y desde la comunicación de Menéndez Pidal al I Congreso de Toponimia (1939) habíamos iniciado un fichero de inscripciones romanas, en el que trabajaron varias promociones de estudiantes: él nos permitió numerosos trabajos, entre los que recordaré las tesis doctorales de M. Palomar Lapesa (1957), J. Rubio Alija (1959) y María Lourdes Albertos Firmat (1966), esta última con sus suplementos (1964-1965, 1972). En la misma línea está el muy importante trabajo de J. Untermann (1965). El campo, hasta 1925 confuso, de la onomástica personal hispánica es hoy uno de los mejor explorados y conocidos. [-18→19-]

El de la toponimia prerromana, más atrasado, entre otras razones porque es mucho menos abarcable y en general faltan trabajos preparatorios utilizando la documentación regional, nos ofrece, junto a algunas monografías, el precioso volumen de artículos de Menéndez Pidal (1952) y los dos de Joan Corominas dedicados a la toponimia catalana (1965-70) así como los dos copiosos volúmenes del mismo autor en que recoge diversos estudios románicos y de sustrato (1972) que penetran a menudo en la historia lingüística remota de la Península. Corominas ha sido el iniciador en la investigación de restos prelatinos, especialmente indoeuropeos, en las lenguas actuales de la Península, y con su trabajo sobre etimologías celtas (1956) ha avanzado muchísimo en sus diccionarios y en sus estudios toponímicos.

¹ En las primeras lecturas de Gómez-Moreno leíamos *Carorum*. La corrección se publicó en las notas que publiqué con observaciones suyas sobre los materiales que él guardaba de J. Cabré (Tovar 1959, p. 356), con lo que se ganó una forma no ya latina, sino perfectamente coherente con otras que tenemos en los textos celtibéricos, incluso ahora con varios ejemplos nuevos en Botorrita.

Hemos recorrido, a partir de la época en que Gómez-Moreno reanudó sus publicaciones sobre epigrafía y lenguas hispánicas, un largo camino. Esta reunión que han convocado nuestros colegas de Salamanca viene a demostrarlo. Lo que en 1942 era patrimonio de unos pocos, y constituía una especialidad un tanto misteriosa y cerrada, es hoy un campo científico que se abre promisorio en varias direcciones: epigrafía, lingüística indoeuropea, onomástica, relación con la lingüística vasca, y tiene cultivadores en diversos países. Nuestros colegas alemanes emplean ya, con la ventaja que les da su lengua para formar compuestos, un término para esta especialidad: *Althispanistik*.

Las viejas ideas del vasco-iberismo y de la ibericidad de todas las lenguas peninsulares antiguas han sido al fin sometidas a crítica y no estorban ya al progreso de los estudios. Se puede investigar en todas direcciones sin que prejuicios y dogmatismos cierren los caminos. Es el momento en que esta reunión de Salamanca viene a llamar a los jóvenes a continuar con empeño un trabajo que ha madurado en el último tercio de siglo y que ofrece mucho fruto una vez que los materiales se han ido clasificando y ordenando, y brinda sorpresas tan apasionantes como el bronce de Botorrita, que me imagino ha sido la causa desencadenante de que hayamos venido a juntarnos aquí.

Si puedo ahora presentar algunos criterios que son fruto de una experiencia ya larga, de ilusiones y de desilusiones, de algún acierto y de más de un error, quisiera terminar con algunos deseos, invitaciones y hasta, si esa palabra vale en nuestro antiautoritario tiempo, consejos.

Pues a medida que el tiempo ha ido pasando y el material se ha vuelto del dominio público, resurge el viejo peligro de la construcción precipitada, de la publicación para llamar la atención o quizá para llenar páginas, de la pretendida paradoja surgida en el aislamiento o tomando un texto o una palabra separada del conjunto. [-19→20-]

Lo que sabemos seguro ha resultado muy poco paradójico. Los iberos y los celtiberos y los pueblos aproximadamente celtas han resultado estar donde nos lo enseñaba la historia de la escuela primaria. La escritura ibérica corresponde a un tipo arcaico que pudo pervivir en la marginal Península. El vasco explica nombres sobre todo en las zonas pirenaicas y circumpirenaicas donde se puede suponer que la milenaria lengua se habló. Las inscripciones, las monedas, en la medida en que las desciframos, dicen lo que cabría esperar de ellas.

Hemos conocido un tiempo en que en estos estudios dominaba la autoridad de Gómez-Moreno. La consulta con él, la discusión de lo que se podía plantear, la pregunta sobre los datos que tenía inéditos, era trámite previo a toda publicación. Recuerdo que todos mis primeros ensayos fueron revisados por él. Y más o menos ocurría algo así, en la medida en que lo sé o lo supongo, con Caro Baroja, don Pío Beltrán, Vallejo. Él a su vez había tratado a Hübner o a don Antonio Vives. En mi viejo vocabulario del ibérico (1951) hay menos faltas, puedo decirlo, porque él me libró de ellas. En las leyendas monetales, que en Hübner son tantas veces inseguras y caóticas, me beneficié del conocimiento que don Manuel tenía de las piezas, una por una. Y así en todo lo demás.

Gómez-Moreno estaba además libre de la superstición que todos tenemos de publicar. Su desciframiento de la escritura ibérica se formuló de modo aforístico en brevísimos artículos. Tras su silencio entre 1925 y 1942, sus trabajos, salvo en el conjunto del libro *Misceláneas*, fueron siempre muy breves. Puedo clamar contra el vicio de publicar porque estoy bastante preso de él. Sin esa urgencia, tal vez no me hubiera precipitado en la cuestión, por ejemplo, de las escrituras del sudoeste.

Hay que abstenerse de trabajos que incurren en los escollos que creíamos haber aprendido a evitar. Los antiguos defensores del vasco-iberismo partían de un conocimiento del vascuence y no se conformaban con buscar al azar en un diccionario. Sin ser

lingüista, Gómez-Moreno supo descubrir la diversidad de lenguas de la Península, y hasta señalar por una parte los rasgos fonológicos que acercan el ibero al vascuence, y por otra la pluralidad de lenguas indoeuropeas.

De él aprendimos que las comparaciones no pueden basarse en una ocurrencia aislada, sino que han de tomar en cuenta el conjunto. Lo que en su discurso de 1942 parece una consideración sobre los textos epigráficos más importantes, se basa en las conclusiones a que le había llevado el estudio de la onomástica en la epigrafía. Las regiones lingüísticas de Hispania están claramente marcadas en unos pocos mapas que acompañan su trabajo de 1925. [-20→21-]

Los límites del desciframiento los ha establecido la experiencia y es probable que sólo el acrecimiento de nuestros materiales permita avanzar más allá de los modestos resultados logrados. Enigmático en grado sumo es el sudoeste peninsular. Apenas si se puede decir nada de la lengua de esa región epigráfica, que parece ahora con apoyo arqueológico la más antigua epigráficamente. Enigmático es también en buena parte el mundo del sudeste, no sólo en monumentos aislados, como el plomo de Gádor, sino también en textos más abundantes, como el plomo de Mogente o el conjunto de los platos de Abengibre (v. sobre ellos S. Wikander 1966). Con los plomos de Alcoy, de Mula, de Castellón, de Ullastret y de Ampurias, con las monedas en *-scen* y *-(e)tar*, con las inscripciones y estelas de Ensérune, Cretas, Fraga, Santa Perpetua de la Moguda, con las magníficas inscripciones de los vasos de Liria, sabemos que el ibero no se abre ni con la llave del vascuence ni con la del camítico ni con la del indoeuropeo, aunque por aquí y por allá aparezca alguna tentadora coincidencia.

Y si en lenguas de progenie conocida y de, a veces, asombrosa conservación, como en los celtibéricos *uiros* de Villastar o *De-i-u-o-r-e-i-gi-s* de Luzaga, o el lusitano *porcom* de Lamas de Moledo y del Cabeço das Fraguas, la «traducción» presenta obstáculos insuperables, ¿qué no ocurrirá allí donde la clasificación de la lengua, como en el mismo ibero, con sus mil palabras atestiguadas epigráficamente, es problemática, y donde el parentesco, si existe, ha experimentado la divergencia inevitable al cabo de miles de años? No hay que olvidar que el parentesco de lenguas es no ya cuantitativa, sino cualitativamente distinto según refleja una separación de milenio y medio (lenguas románicas o germánicas que conocemos) o de cinco o seis milenios (la de nuestras lenguas indoeuropeas), o aún mayor. Si el vasco tuviera que ver con una lengua del Cáucaso o de Siberia, ¿cuándo podríamos suponer, con hipótesis basadas en la prehistoria, que se produjo la separación lingüística? ¿Es que realmente se sabe lo que les ocurre a las lenguas cuando se han separado hace miríadas de años? Los *macrophylla* con que operan hipotéticamente lingüistas para clasificar lenguas de América del Norte carecen de toda comprobación: vocabulario, estructura, tipo lingüístico mismo, van borrándose y transformándose, y la creciente divergencia termina por quitar toda seguridad a la comparación.

Con tales dificultades tropieza el lingüista. La ciencia de hoy es más sobria que la que aún dominaba ayer. Pero es seguro que nuevos métodos, junto a nuevos hallazgos, asegurarán progresos que hoy nos parecen imposibles. Aun con los límites que sujetan a la lingüística comparada, que son resultado de la impenetrabilidad de los largos períodos de tiempo [-21→22-] sin documentación. Aun con el acrecimiento de materiales y de bibliografía, que pueden hacer el estudio farragoso y cansado.

Os he podido presentar con orgullo unos cuantos decenios de labor. Quisiera pedir a las nuevas promociones que, a diferencia de lo que suele ocurrir en este país nuestro, os basarais en ella para criticarla y superarla. Pero sin abandonarla.

ANTONIO TOVAR

BIBLIOGRAFÍA

- María Lourdes Albertos Firmat, 1964-65. *Nuevos antropónimos hispanos*. «Emerita», 32, 208-52. 33, 109-43.
- 1966. *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*. Salamanca.
- 1972. *Nuevos antropónimos hispánicos* (2.ª serie) «Emerita», 40, 1-28 y 287-318.
- G. Bähr, 1948. *Baskisch und Iberisch*. Se publicó con prólogo de K. Bouda en la revista *Eusko-Jakintza*, vol. 2 (Sare, Bayona), 3-20, 167-94, 381-455. Hay edición separada.
- Antonio Beltrán, 1951. *El vasco-iberismo. Alcance del término y estado de la cuestión*. «Zephyrus» 2, 15-19.
- 1953. *De nuevo sobre el vasco-iberismo*. «Zephyrus» 4, 495-502.
- Pío Beltrán Villagrasa, 1954. *El plomo escrito de la Bastida de les Alcuses (Mogente)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
- 1962. *Addenda y corrigenda* al mismo trabajo. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
- Julio Caro Baroja, 1942-43. *Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerada desde el punto de vista histórico*. «Emerita» 10, 236-86 y 11, 1-59.
- 1946. *Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas*. BRAE 25, 173-219.
- 1947. *La geografía lingüística de la España antigua a la luz de las inscripciones monetales*. BRAE 26, 197-243.
- 1949. *Cuestiones ibéricas. A propósito de la estela de Sinarcas*. Homenaje a don Julio de Urquijo 1 (San Sebastián), 111-18.
- J. Casares, 1945. *El silabismo en la escritura ibérica*. BRAE 24, 11-39.
- Joan Corominas, 1956. *New Information on Hispano-Celtic from the Spanish Etimohgical Dictionary*, ZCPH 25, 30-58.
- 1965-70. *Estudis de toponimia catalana*. Dos tomos. Barcelona.
- 1972. *Tópica Hespérica. Estudios sobre los antiguos dialectos, el substrato y la toponimia romances*. Dos tomos. Madrid.
- Antonio Delgado, 1871-79. *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*. 3 tomos. Sevilla.
- D. Diringer, 1948. *The Alphabet, A Key to the History of Mankind*, Londres. 1949. 2.ª edición revisada, Londres. 1968. 3.ª edición ampliada, Londres.
- José Ferrandis, 1929. *Catálogo de numismática.*, Exposición Internacional, Barcelona.
- James G. Février, 1948. *Histoire de l'écriture*. París.
- 1959. *Histoire de l'écriture*. Nouvelle édition entièrement refondue. París.
- D. Fletcher Valls, 1953. *Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia. [-22→23-]
- I. J. Gelb, 1952. *A Study of Writing. The Foundations of Grammatology*. Londres.
- 1958. *Von der Keilschrift zum Alphabet*. Stuttgart.
- M. Gómez-Moreno, 1922. *De epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy*. RFE 9, 342-66. Incluido en «Misceláneas» 219-32.
- 1925. *Sobre los iberos: el bronce de Ascoli*. Homenaje a Menéndez Pidal III (Madrid), 475-99. Incluido en «Misceláneas» 201-18.
- 1942. *Las lenguas hispánicas*, Discurso de recepción en la R. Academia Española, contestación de M. Asín Palacios, Madrid. Incluido en su mayor parte en «Misceláneas» 201-217, y publicado antes también en el «Bol. del Sem. de Estudios de Arte y Arqueología» 8 (Valladolid 1941-42), 13-32.
- 1943. *La escritura ibérica*, BRAH 112, 251-278. Incluido también con el siguiente en «Misceláneas» 257-281.
- 1945. *Digresiones ibéricas: escritura., lengua*. BRAE 24, 275.
- 1950. *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología*. Primera parte, *La Antigüedad*. Madrid.

- 1961. *La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)*. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» 69, 879-950. Salió como libro el mismo año, Madrid.
- G. Hernando Balmori, 1935. *Sobre la inscripción bilingüe de Lamas de Moledo*. «Emerita» 3, 77-119.
- Sir George Hill, 1930. *On the coins of the Narbonensis with Iberian inscription*. Nueva York.
- 1931. *Notes on the Ancient Coinage of Hispania Citerior*. Nueva York.
- Emil Hübnér, 1893. *Monumenta linguae Ibericae*. Berlín.
- J. Jannoray, 1955. *Ensérune. Contribution à l'étude des civilisations préromaines de la Gaule méridionale*. París.
- Paul Kretschmer, 1942. *Die tyrrhenischen Inschriften der Stele von Lemnos*, «Glotta» 29, 89-98.
- R. Menéndez Pidal, 1939. *Sobre el sustrato mediterráneo occidental* (leído en el I Congreso Internacional de Toponimia, París 1938). *ZRPh* 69, 189-206. Incluido también en *Toponimia prerrománica hispana*, 71-104.
- 1952. *Toponimia prerrománica hispana*. Madrid.
- Luis Michelena, 1952. *El plomo ibérico del Cigarralejo*. *BAP* 8, 496-503.
- 1952. *¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?* «Emerita» 20, 153-160.
- 1955. *Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica*. «Emerita» 23, 265-84.
- 1961. *Comentarios en torno a la lengua ibérica*. «Zephyrus» 12, 5-23.
- Manuel Palomar Lapesa, 1957. *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*. Salamanca.
- José María Ramos Loscertales, 1942. *Hospitium y clientela en la Hispania céltica*. «Emerita» 10, 308-37.
- José Rubio Alija, 1959. *Españoles por los caminos del Imperio Romano (Estudios epigráfico-onomásticos en torno a Reburus y Reburinus)*, «Cuadernos de Historia de España» 29/30, 5-124.
- U. Schmoll, 1961. *Die südlusitanischen Inschriften*. Wiesbaden.
- 1962. *Zur Entzifferung der südspanischen Schrift*. «Madrider Mitteilungen» 3, 85-100.
- H. Schuchardt, 1907. *Die iberische Deklination*. Sitzungsberichte der Wiener Akademie, Phil.-hist. Klasse 157, II, 1-90.
- 1922. *Die iberische Inschrift von Alcoy*. Sitzungsberichte der Berliner Akademie der Wissenschaften, año cit., p. 85 s. Véase también del mismo autor, *Iberische Epigraphik: Die Bleitafel von Alcoy*, *RIEV* 14 (1923), 512-16. -...-.
- Adolf Schulten, 1940. *Die Tyrsener in Spanien*. «Klio» 33, 73-102. Casi al mismo tiempo publicó este trabajo en español en «Ampurias» 2, 33-53.
- A. Tovar, 1943. *Los signos silábicos ibéricos y las permutaciones en vascuence*. «Emerita» 11, 209-11.
- 1946. *Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos*. *BRAE* 25, 7-42. Recogido en los «Estudios» 21-56 y en «Sprachen und Inschriften». [-23→24-]
- 1946. *Notas sobre la fijación de las invasiones indoeuropeas en España*. «Bol. del Seminario de Est. de Arte y Arqueología» 13 (Valladolid), 21-35. Recogido también en «Estudios» 96-118.
- 1949. *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*. Buenos Aires.
- 1951. *Léxico de las inscripciones ibéricas (celtíberico e ibérico)*. «Estudios dedicados a Menéndez Pidal» 2 (Madrid) 273-323.
- 1952. *Observaciones sobre escrituras tartesias*. «Archivo de Prehistoria Levantina», 3, 257-62.
- 1955. *Sobre las escrituras tartesia, libio-fenicia y del Algarve*. «Zephyrus» 6, 273-283.
- 1959. *Las inscripciones celtibéricas de Villalba de Villastar*. «Emerita» 27, 349-65, con observaciones y notas de M. Gómez-Moreno.

- 1960. *Lenguas prerromanas no indoeuropeas*, *ELH* 1, 5-26. *Lenguas prerromanas indoeuropeas*, *ibid.* 101-26.
- 1961. *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, Nueva York.
- 1961. *Lengua y escritura en el sur de España y Portugal*. «Zephyrus» 12, 187-96.
- 1963. *Reseña de Schmoll y Gómez-Moreno*. «Kratylos» 8, 70-76.
- 1964. *Tartessos en la historia y en la epigrafía*. «Actas del Segundo Congreso Español de Estudios Clásicos», Madrid, páginas 596-601.
- 1966-67. *L'inscription du Cabeço das Fráguas et la langue des lusitaniens*. «Études Celtiques» 11, 237-268. Se ha recogido en «Sprachen und Inschriften».
- J. Untermann, 1965. *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*. Madrid.
- José Vallejo, 1943. *La escritura ibérica. Estado actual de su conocimiento*. «Emerita» 11, 461-75.
- 1946. *El sufijo -ken/-sken. El signo H. Los elementos ban, eba, eban, etaban, etabon (etaon?). Los signos Y y s*. «Emerita» 14, 242-58. .
- 1947. *De re iberica*. Datos comunicados por el Sr. Gómez-Moreno y examen de las divergencias entre epígrafes ibéricos y fuentes clásicas. «Emerita» 15, 207-14.
- 1950. *Exploraciones ibéricas (III): El signo T y ban en nombres personales*. «Emerita» 18, 174-85.
- 1950. *Sobre ibérico -(s)ken y -en*. «Emerita» 18, 215-20.
- 1954. *Exploraciones ibéricas (IV): Las inscripciones de los plomos. El plomo de Alcoy. El plomo del Cigarralejo. La pátera de Tivisa. -ken y -sken. etaban y salir, ban. etar. La composición de las estelas. El anverso de las monedas ibero-romanas del jinete y unos datos para la toponimia ibérica. De algunos antropónimos de las inscripciones ibéricas que se encuentran también en Vasconia o en Aquitania. Adiciones*, «Emerita» 22, 222-57.
- S. Wikander, 1966. *Sur la langue des inscriptions sud-hispaniques*. «Studia Linguistica» 20, 1-8.
- Jacobo Zobel de Zangróniz, 1879-80. *Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio romano*. 2 tomos, que son el IV y V del «Memorial numismático». Barcelona